

*La contabilidad privada  
de Christie Malry*  
B. S. Johnson

---

Prólogo de John Lanchester  
Traducción de Marcelo Cohen

Título de la edición original: *Christie Malry's Own Double-Entry*

Primera edición en Libros del Silencio: junio de 2012

© the Estate of B. S. Johnson, 1973

© de la traducción, Marcelo Cohen, 2012

© del prólogo, John Lanchester, 2001

© de la traducción del prólogo, Marc García, 2012

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2012]

Provença, 225, entresuelo 3.<sup>a</sup>

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)

Diseño de la colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Maquetación: David Anglès

Corrección de estilo: Aniol Rafel

Primera corrección ortotipográfica: Miguel Plaza

Segunda corrección ortotipográfica: Güido Sender

ISBN: 978-84-940156-2-5

Depósito legal: B-17.225-2012

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

## Prólogo

Mucha gente, con toda la razón, considera la novela como una forma agotada, cuyo heroico periodo en el centro de la cultura humana ya ha pasado. Otros eligen dedicar todos sus esfuerzos creativos a ella, como si todavía fuera un medio de la mayor importancia. Es difícil pertenecer simultáneamente a ambos grupos, pero B. S. Johnson lo hizo, y la tensión resultante alimentó la extraordinaria década de creatividad de la que disfrutó entre la publicación de su primera novela, *Traveling People*, en 1963 y su suicidio, a la edad de cuarenta años, en 1973.

Johnson nació en Hammersmith el 5 de febrero de 1933; fue el único hijo de unos padres humildes pero respetables. Después de abandonar la escuela a los dieciséis años aceptó una serie de empleos como oficinista (una experiencia de la que se serviría para *La contabilidad privada de Christie Malry*). Tras seis años en una oficina, Johnson fue al King's College de Londres para licenciarse en Filología Inglesa. Se graduó en 1959 y empezó a trabajar como profesor sustituto, además de

como reportero futbolístico para *The Observer* (una experiencia que usó en *Los desafortunados*\*).

*Travelling people* apareció en 1963 y ganó un premio Gregory; en el jurado estaba, entre otros, T. S. Eliot. La novela se dividía en nueve secciones, cada una de ellas con un narrador o recurso narrativo distinto (trucos tipográficos, fragmentos en forma de guión, cartas); ilustraba claramente la idea de Johnson de que la novela debía avanzar a partir de los descubrimientos de James Joyce y reflejar el hecho de que la realidad había cambiado desde el siglo diecinueve. Eso era central para la estética de Johnson: todos sus libros desafían el consenso realista que había dado en dominar la literatura británica. Este proyecto hizo que su trabajo se ganara la reputación de ser «experimental», un término que le molestaba en la creencia acertada de que «casi siempre es sinónimo de “fallido”». Johnson trató de encontrar nuevos modos de hacer que la novela viviera. Creía que el uso de técnicas narrativas decimonónicas (que reinaban sin obstáculos entonces y siguen haciéndolo ahora) era «anacrónico, escasamente válido, irrelevante y perverso». Pensaba que en lo concerniente a la función de contar historias otros medios habían tomado la delantera a la novela; principalmente el cine y la televisión: «Si el interés central de un escritor es el de contar historias [...] entonces el lugar idóneo para hacerlo ahora mismo es la televisión, que está mejor equipada técnicamente y alcanza a más gente de la que una novela puede

\* *Los desafortunados*, publicada en español el año 2001 por la editorial Numa, será reeditada el año que viene en esta misma colección. (*N. del T.*)

alcanzar hoy en día». La labor de la novela debía ser la de concentrarse en la descripción de los estados internos, que era lo que hacía mejor que cualquier otro medio. El apasionado y decidido intento de Johnson de describir el interior de las mentes de sus personajes fue el empuje central de su obra.

Su segundo libro, *Albert Angelo*, que apareció en 1964, tenía agujeros en las páginas para que el lector pudiera saltar hacia el futuro de la narración. *Trawl*, publicado en 1966, era el relato interior del viaje de un bote pesquero al mar de Barents, que hacía uso de una amplia gama de recursos para capturar los movimientos internos de la consciencia. *Los desafortunados* (1969), la famosa «novela en una caja», fue otro intento de capturar el modo en que la mente funciona: se publicó en secciones que supuestamente debían barajarse y leerse sin ningún orden particular. *House Mother Normal* (1971) estaba narrado por los habitantes de un asilo, la mayor parte de ellos en distintos estados de desintegración mental. Luego, en 1973, llegó *La contabilidad privada de Christie Mahry*, del que contaremos más en un minuto. Su último libro fue el póstumo *See the Old Lady Decently*, que incluía fotografías y documentos pertenecientes a su propia familia.

Todo esto puede parecer trabajo más que suficiente para toda una vida (mucho más aún si hablamos de una sola década), pero la lista debe ampliarse con los relatos breves de Johnson (*Statement Against Corpses*), sus incursiones en el cine (*You're Human Like the Rest of Them*, que ganó el Gran Premio en dos festivales), su trabajo para la televisión (más de una docena de piezas, incluyendo la autobiográfica *Fat Man on a*

*Beach*), sus artículos, sus obras de teatro (*One Sodding Thing After Another*, *Whose Dog Are You?*, *B. S. Johnson Versus God*), sus libros de poesía, sus escritos misceláneos (recogidos en *Aren't You Rather Young to be Writing Your Memoirs?* y acompañados de una introducción que resulta la afirmación más clara de su estética), las antologías que editó (*The Evacuees*, *All Bull: The National Servicemen*), su labor como presidente del Greater London Arts Association Literature Panel. Y además también estaba su vida real: Johnson se casó con Virginia Kimpton en 1964, tuvo dos niños pequeños y fue un amigo y colaborador muy apreciado, además de un colega excelente con el que tomarse unas copas. El talento y la energía de Johnson eran tan grandes que, si se le hubiera dado una década o dos más de productividad, podría haber ensombrecido el sol. En vez de eso son el trabajo de Johnson y su reputación los que están eclipsados.

*La contabilidad privada de Christie Malry*, la más accesible, exuberante y desesperada de todas estas obras, fue la última novela que se publicó en vida del autor. El título se refiere a la invención que hizo posibles las modernas técnicas de contabilidad, y con ellas todo lo relacionado con los negocios modernos y la organización de la sociedad contemporánea: la contabilidad por partida doble. Esta fue concebida por mercaderes florentinos durante el siglo xv y documentada por primera vez por un monje benedictino, Fray Luca Bartolomeo Pacioli, en un tratado de 1494 llamado *Suma de Arithmetica Geometria Proportioni et Proportionalita*, que Johnson cita en diversas ocasiones durante la novela. Los que no son contables ni están

iniciados en los misterios del sistema por partida doble tienden a subestimar su importancia; a riesgo de tratar con demasiada solemnidad algo que Johnson maneja con una admirable ligereza, podríamos afirmar que el sistema de contabilidad por partida doble (en el que aún confiamos para tratar cualquier tipo de negocio en marcha en el mundo desarrollado) tal vez sea la herramienta empresarial más importante que se haya inventado nunca. Johnson el socialista lo sabía muy bien: su novela es un intento de exponer uno de los pilares fundamentales del orden establecido. La contabilidad por partida doble es, además, un modo de estructurar y comprender el mundo, uno que, en *Christie Malry*, Johnson usa para organizar las percepciones de su personaje acerca de los perjuicios que se le han causado y las posibilidades de justicia y venganza.

Hay mucha rabia en *La contabilidad privada de Christie Malry*, y también mucho dolor. (Johnson, en su introducción a *Aren't You Rather Young To Be Writing your Memoirs?:* «Escribo principalmente para exorcizar, para apartar de mí mismo, de mi mente, la carga de tener que soportar algún tipo de dolor, el daño causado por alguna experiencia; para que este pueda estar ahí, en un libro, y no aquí en mi mente».) Hay también una historia bien definida en la novela. Los pronunciamientos estéticos de Johnson eran inequívocos, pero sus libros solían ser más ambivalentes, como acostumbra a suceder con las obras de los verdaderos artistas. Amaba el relato, los personajes y los recursos tradicionales de la novela que al mismo tiempo despreciaba. Tenía fuertes sentimientos hacia sus personajes a la vez que se sentía obligado a recordarle al lector que se hallaba ante

una historia inventada, una obra de ficción, y que los personajes no eran de verdad, dado que la novela cuenta con un argumento y con poderosas corrientes sentimentales que se oponen a su determinación de exponer sus propias técnicas y recursos.

Estos momentos de autoexposición suelen ser cómicos, como cuando tras un largo discurso Headlam, el mentor de Christie, «hizo una pausa para proporcionar un punto y aparte a lo que, de otro modo, habría sido una masa tipográfica incómoda para la mirada del lector». O también en el diálogo entre Christie y el narrador, que advierte a su creación, con una disculpa, de que le parece que «esta novela no se puede extender mucho más», solo para recibir como respuesta consoladora que «Escribir una novela larga es en sí mismo un acto anacrónico: solo era relevante para una sociedad y un conjunto de condiciones sociales que ya no existen» (Johnson siguió el consejo de Christie: el libro no va mucho más allá de las veinte mil palabras). Es uno de los misterios del talento de Johnson el hecho de que estos momentos amplifiquen, en lugar de rebajarlos, los sentimientos de pena y rabia que llenan *La contabilidad privada de Christie Malry*.

La película de *La contabilidad privada de Christie Malry* es la mejor oportunidad de que dispone el trabajo de Johnson para aumentar su número de lectores desde su muerte prematura; la inminente biografía a cargo de Jonathan Coe será, como mínimo, igual de importante.\* Esperemos que el mundo esté más

\* El prólogo que aquí presentamos sirvió para acompañar a la reedición de *Christie Malry's Own Double-Entry* a cargo de Picador en 2001. El

preparado para B. S. Johnson de lo que lo estaba durante su vida. El término simplificador «posmoderno» (usado para describir técnicas que han ido prosperando, como mínimo, desde la publicación de *Tristram Shandy* en 1759) puede servir a los críticos como etiqueta más positiva que la de «experimental», que restringió su público lector mientras vivía. Los lectores y los espectadores son ahora muy conscientes de que la pena, la comedia y los chistes sobre la forma de la novela pueden convivir en la misma obra. Cuando se trata de buenos escritores puede tomarnos algo de tiempo convertirnos en sus contemporáneos.

*John Lanchester, febrero de 2001*

---

mismo año estaba previsto el estreno de una adaptación cinematográfica dirigida por Paul Tickell que solo se proyectó, hasta su estreno definitivo cinco años más tarde, en salas de arte y ensayo y festivales de cine independiente, debido a la inquietud que causó en los distribuidores lo incómodo de algunas escenas de la película y las similitudes de otras con los atentados terroristas del 11 de septiembre. La mencionada biografía de Jonathan Coe, *Like a Fiery Elephant: The Life of B. S. Johnson*, se publicó en 2004 y se convirtió en la principal obra de referencia sobre el autor británico. (*N. del T.*)

CAPÍTULO I

El peregrino industrioso:  
una presentación cuya falta podría  
haberlos entristecido

Christie Malry era una persona ingenua.

No le había llevado mucho tiempo comprender que el dinero no constaba en su origen; que por lo tanto tendría que procurárselo de la mejor manera posible; que procurárselo con métodos que la sociedad consideraba delictivos acarrearía sanciones desagradables (y para él inaceptables); que había otros métodos que la sociedad (algo arbitrariamente) no consideraba delictivos; y que probablemente el recurso más práctico para él fuera situarse cerca del dinero, o al menos cerca de quienes lo ganaban. De modo que había resuelto convertirse en empleado bancario.

Ya les he dicho que Christie era una persona ingenua.

En la entrevista que el gerente general de la Oficina Central del banco concedía formalmente a todos los empleados quedaron al desnudo las mínimas calificaciones de Christie; se escrutó su apariencia y se tomó debida nota de su nerviosismo. Luego se le preguntó por qué deseaba entrar en la empresa. Christie se sintió perdido; no se le ocurría qué contestar. Al

poco se le proporcionó una respuesta: la mayoría de los jóvenes entraban en el banco por la seguridad que ofrecía, por el muy espléndido retiro consistente en dos terceras partes del salario que el empleado estuviera recibiendo en el momento de jubilarse. Y la edad de retiro era un acto de generosidad en sí misma: ¡sesenta años, y no sesenta y cinco!

Christie no solo era sencillo; también era joven. En el momento de la entrevista, apenas tenía diecisiete años y unas semanas.

No abrió la boca ni ante la información de que quedaría libre al cabo de solo cuarenta y tres años, y no de cuarenta y ocho. Todo el ímpetu de la entrevista apuntaba a que él aportase un juego estándar de respuestas correctas; o a que perdiera puntos por responder mal. ¿Tenía Christie que jugar? El gerente general le estaba induciendo una clara conciencia de su poder. Lo que pensó Christie, sin embargo (y cuán privilegiados somos de poder saberlo), fue que si a los sesenta años él tenía que depender de una jubilación bancaria iba a considerarse un fracasado; y que habría sido una notable falta de coraje pensar siquiera en pensiones y retiros a los diecisiete años. Daba la impresión de que en aquel contexto la verdad (que le interesaba situarse cerca del dinero) no era pertinente. El despacho de un gerente general de uno de los pocos bancos nacionales no es lugar adecuado para exeleuterostomías.

De esto podrían inferir ustedes que Christie se pirraba por el dinero como otros se pirran por el sexo; pero no era así. Como casi todos nosotros, antes que nada Christie tenía que pensar en ganarse la vida; la economía dicta, en un grado que a

veces no se aprecia del todo, las posibilidades reales (en tanto que distintas de las imaginarias) de moverse en otras direcciones. Pero no les quepa duda de que una de las cosas para las que Christie quería dinero era el sexo; sobre todo a esa edad, el sexo era de las cosas en que más pensaba, de las que más a menudo tenía en mente.

Pese a su ineptitud para proporcionar respuestas correctas, Christie fue aceptado en la plantilla del banco; la falta de cualquier respuesta no lo perjudicó como lo habría hecho una serie de respuestas incorrectas. Y, por razones que Christie pronto experimentaría en carne propia, al banco le costaba retener a los reclutas de esa edad y por lo tanto tomaba ex profeso muchos más de los que, según estaba calculado, soportarían el largo trayecto hasta una jubilación temprana y las dos terceras partes de un salario decente.

Así pues, un lunes de octubre por la mañana Christie empezó a trabajar en la oficina de Hammersmith (cómodamente cercana a su casa) de aquella empresa de reputación nacional. En comparación con el relativo amparo del colegio (sobre el cual puede que yo no les cuente mucho) era un cambio doloroso. Christie suponía que el trabajo sería pesado, y tan desagradable como fútil. Lo que no se esperaba era la atmósfera en la cual se esperaba que él trabajara, y que los compañeros o colegas creaban con la costumbre de llamarse unos a otros a voz en grito. Era una atmósfera agria de frustración, aburrimiento y celos, negra de ojeriza, mezquindad y burocracia. En parte se debía a la obsolescencia del local donde el banco desarrollaba sus actividades: porque, si bien las cuentas esta-

ban informatizadas y cada empleado tenía una calculadora, la inversión original en caoba, mármol y bronce había sido tan grande que no se podía erradicar para pensar de nuevo en negocios bancarios.

En esa atmósfera Christie no tardó en volverse él también avinagrado e infeliz. Tampoco es que se sintiera más cerca del dinero en algún sentido a considerar. Su trabajo consistía en ingresar valores de cheques en una calculadora y al final de la jornada confrontar su total con el de los cajeros. Dos de cada tres días la cifra no coincidía; y esos días tenía que revisar los cheques uno a uno, cantándole las sumas a una chica que los iba marcando en la lista hasta que encontraban el error. A veces podían abreviar el proceso buscando una suma precisa que faltara o que figurara dos veces. Pero no era frecuente. En general el problema consistía en una coma de decimales corrida uno o dos dígitos a la derecha o la izquierda. Por cierto, muy rara vez el error era del cajero y no de Christie.

La chica se llamaba Margaret. Hacía el té: Christie no estaba tan abajo. Por otro lado no le permitían abrir el correo entrante de la mañana, mientras que sí le permitían sellar el correo saliente de la noche. No es lo mismo abrir que sellar: Christie no tenía la menor duda sobre su preferencia, pero ni hablar de que le dejaran ejercerla.

Al gerente de la oficina Christie lo veía muy de vez en cuando; el hombre estaba en su despacho y llamaba a los subordinados. Christie no tenía jerarquía suficiente para ser subordinado, en ese sentido. Tampoco el contable jefe ni el asistente del contable le prestaban atención, salvo para despellejarlo con

frialdad cada vez que los totales no coincidían o (como pasaba a menudo) cometía algún otro solecismo bancario.

Los empleados y cajeros formaban un grupo estrecho, mediano: hombres y mujeres maduros y menudos.

Aparte de Margaret, la única colega que no solo hablaba con él cuando había un error se llamaba Joan. La chata y andrógina Joan tenía diecinueve años y era la superior inmediata de Christie. Ella le había enseñado a manejar la calculadora (que le había pertenecido), ella le había mostrado dónde tomar café por la mañana y té por la tarde y con ella, al cabo de un tiempo (que en este caso fue corto), Christie había llegado a compartir una broma a costa de una cajera que al final de la jornada tenía, pongamos, diez libras más de lo que hubiera debido.

Invitaron a Christie a unirse a la Asociación de Personal. Él comprendió que, aunque había un verdadero gremio de empleados bancarios, los bancos organizaban los suyos bajo el nombre de asociaciones de personal. Aun en esa bisoña etapa política de su vida Christie veía bien qué ocultaba esa manobra. Y parecía irónico que la invitación proviniese de quien más podía infligirle a Christie un agravio que lo llevara a acercarse a la Asociación de Personal en busca de asesoramiento: el contable jefe.

De todos modos Christie se unió. También esa invitación formulaba una pregunta que solo consentía la respuesta correcta; y en este caso no se aceptaba el silencio. De modo que cada semana deducían del salario de Christie una pequeña cantidad que iba a acreditarse a la cuenta de la Asociación de Personal.

En sí el salario de Christie era insignificante: le habían explicado que de ese modo se compensaba la absoluta seguridad del trabajo. Comparadas con ese banco, otras firmas e instituciones no inspiraban confianza. Uno podía trabajar para ellas cuarenta años y de golpe encontrarse en la calle, desempleado. ¡Menuda perspectiva!

Aun así a Christie aquello le resultaba difícil de tragar y de vivir. Esperaba ansiosamente cumplir dieciocho años, momento para el cual se le había prometido un pequeño aumento, si es que no era obligatorio. Cuando el aumento llegó al fin, Christie descubrió que quedaba neutralizado, con precisión contable y pulcritud caligráfica, por el incremento que, en su nueva calidad de adulto, se imponía en sus contribuciones a la Seguridad Social y a la Asociación de Personal.

Para Navidad hubo una gratificación, que en el caso de Christie alcanzó para que le comprara a su madre una botella de jerez. Christie pasó la Navidad allí; el caso era que aún no había reunido el valor suficiente para notificar la renuncia: eso llegaría en primavera.

En cuanto al dinero, no tardó en cerciorarse de que no se le había acercado mucho. De hecho pronto empezó a experimentar el curioso efecto de alejamiento que viven las personas honradas en circunstancias parecidas: el dinero que veía en sacos y pilas era virtualmente diferente de los billetes y monedas que él llevaba en los bolsillos. Y tampoco tenían gran sentido real las transacciones en papel de las que en parte se ocupaba. Cavilaba y cavilaba por qué J. Seminole S.A. había pagado 53,48 libras al bufete de abogados que alquilaba el piso superior del

edificio del banco, y estaba claro que desde dentro del banco no iba a poder descubrirlo. Le parecía una burla al compromiso de secreto profesional respecto a los asuntos de los clientes que le habían hecho firmar para aceptarlo en el banco. Sin duda el gerente conocía secretos; sin duda el contable jefe sabía algunos; pero impedían que se filtraran hasta el nivel de Christie. Solo se aproximaba un poco a un secreto cuando por casualidad oía a administrativos y cajeros discutir sobre la rara oscilación de unas acciones; y cuando la discusión subía tanto de tono que la podía oír cualquiera, el asunto ya no era un secreto.

Así que Christie seguía cavilando. Y a su directa manera se limitó a modificar el enfoque. Decidió que para acercarse al dinero tenía que hacerse contable; así iba a saber de dónde provenía el dinero, cómo se manejaba y adónde iba.

Un hombre ingenuo, como he dicho.

Christie concibió un plan con dos partes. La primera era prescindir de la seguridad del amparo vitalicio que ofrecía el banco para buscar suerte en una de esas compañías nuevas e impetuosas establecidas hacía menos de dos siglos. La otra era embarcarse en estudios encaminados a ciertos exámenes que, de ser aprobados, le proporcionarían el título profesional de contable.

Por consiguiente, en primavera Christie notificó su renuncia con un mes de antelación, soportó con entereza el abierto desprecio de los colegas, claramente convencidos de que era un

dilapidador (o algo tan anacrónico como la fachada del banco) y en particular el abatimiento de Joan, que en todo el mes no le dirigió la palabra. Y no hubo para Christie colecta de monedas, ni pastel de despedida con el té de la tarde, ni cálidos apretones de mano ni promesas de encontrarse alguna vez a comer o beber una copa.

Pero en el banco Christie había aprendido mucho. En ese momento casi no lo advertía; más adelante le iba a ser sumamente útil.

Dio la casualidad de que el siguiente lugar de trabajo de Christie también estaba en Hammersmith. Hacía apenas ochenta y tres años que Tapper's fabricaba dulces y pasteles, y en ese período siempre les había faltado un encargado de facturación. Christie había sido el único en responder al anuncio; le había parecido que era exactamente lo que necesitaba.

Por las noches se dedicaba al curso de contabilidad a distancia en el que se había matriculado. Casi enseguida le llamó la atención el sistema de partida doble que (si bien algo más tarde) iba a suscitarle la Gran Idea y a obrar un viraje tan radical en el curso de su vida.

A pesar de que ya en muchas civilizaciones antiguas se encuentran pruebas de una u otra forma de cómputo y arqueo, se cree que el primero en codificar el método llamado «contabilidad por partida doble» fue fray Luca Bartolomeo Pacioli, un monje toscano contemporáneo de Leonardo Da Vinci. Pacioli incluyó su registro de cuentas en una obra matemática mucho más amplia, *Suma de Arithmetica Geometria Proportioni et Proportionalita*, que fue impresa en Venecia en 1494 y tiene por

tanto rango de incunable. Hoy el público inglés puede conseguirla fácilmente en una traducción publicada por el Instituto de Teneduría y Procesamiento de Datos, S. A., al cual debo la autorización de la cita. La exposición de esta novela no estaría completa sin un extracto de esta fuente esencial:

Para los respetables súbditos del duque de Urbino he compuesto otro tratado particular, cuya compilación era muy necesaria, a fin de que posean las reglas del orden mercantil que puedan serles de utilidad. Dicho tratado servirá a todos los fines en relación a cuentas y registros, y es por esta razón que lo inserto aquí. Mi intención, pues, es proporcionar las reglas que les permitan llevar todas sus cuentas y libros de manera ordenada. Como bien se sabe, todo aquel que desee atender a sus negocios con diligencia tiene necesidad de tres cosas. De estas, la más importante es el dinero, u otro poder sustancial cualquiera, a falta del cual será muy difícil iniciar negocios.

Ha sucedido que alguno, habiendo iniciado un negocio sin más que su buena fe, haya consumado grandes empresas; y que a través del crédito, servido con honradez, haya obtenido riquezas mayores. Con más de uno como estos hemos conversado en nuestros viajes por toda Italia; y en las grandes repúblicas del mundo la palabra de un buen mercader se toma por suficiente, y los compromisos se aceptan diciendo: «Es palabra de mercader verdadero». Esto no habría de ser motivo de asombro, pues todo católico sabe que su salvación depende de la fe, sin la cual es imposible complacer a Dios.

El segundo requisito para los negocios es ser buen contable

y estricto tenedor de libros, y para cumplir con él hemos llegado, como está dicho más arriba, a tener un código de reglas y cánones necesarios para cada operación, de modo que el lector diligente pueda entenderlos por sí mismo. A quien no los entienda bien, todo cuanto viene después no le será de utilidad ninguna.

El tercer y último requisito es que todos los asuntos que interesen a alguien estén dispuestos en buen orden, de modo que, sin pérdida de tiempo, tenga a su alcance los particulares del debe y el haber de todos ellos; pues en nada más consisten los negocios. Esto es de gran utilidad, tanta que sería imposible llevar a cabo negocios sin un debido orden en su registro; pues, sin descanso, los mercaderes se encontrarían siempre en gran agitación del alma. Por tanto he compuesto el presente tratado, en donde ofrezco el método para registrar toda clase de entradas, procediendo por capítulos; y, aunque no haya podido verter todo cuanto debería escribirse sobre la cuestión, el peregrino industrioso podrá mostrarse competente aun en casos que aquí no se consignan.

## CAPÍTULO 2

¡He aquí la Gran Idea de Christie!

Después de un largo día ocupado mayormente en alimentar diversas máquinas con hojas de papel, Christie Malry sale de las oficinas de Tapper's y, de camino a su casa, contempla la simetría sublime del libro de cuentas por partida doble.

Creo que para el siguiente pasaje hay que intentar una incursión en la mente de Christie; una incursión ilusoria, desde luego, pues ustedes saben muy bien en qué mente tiene lugar en verdad.

«¿Quién me ha hecho pasar por aquí?                      ¿Quién decidió que no debía andar dos metros más a la derecha, o tres grados al oeste del nor-noreste dicho en términos de marine-ría?                      ¿Alguien?

»¿Nadie?                      Alguien lo habrá decidido. También fue una decisión consciente. Es decir, dijeron (él dijo, o dijo ella): “Edificaré en este lugar”. Pero creo que quien haya sido no necesariamente se tomó el trabajo de añadir: “Para que Christie Malry no pase por aquí sino por allí. Si él prefiere”. ¡Ajá!

Y ahí es donde lo/la/los he pillado. Si yo prefiero. Pero hasta cierto punto ellos, colectivamente, me limitan la elección.

»Voy a hacer una lista de mis elecciones. Pongamos que decido andar unos quince metros por este trecho particular de calzada ciñéndome a un ancho de unos dos metros. Por un lado tengo la libertad limitada por el deseo de que no me arrolle el tráfico. Por otro por quienquiera que haya construido este edificio de despachos a todas luces especulativo. La primera limitación la acepto, razonablemente impuesta como viene por la sociedad. La otra no la acepto.

»¿A quién puedo culpar? Es probable que la persona que tomó esta decisión claramente perjudicial para mí ya no esté viva. Pero sin duda viven sus sucesores, herederos, albaceas, administradores, representantes personales y delegados, y ninguno de ellos está aquí, en el negocio. Pero si no les repugna hacerse responsables del dinero que él o ella les dejó, bien podrían tener la gentileza de responsabilizarse por alzar este edificio a mi paso, limitar mi libertad de movimiento y dictarme qué parte de la acera puedo o no usar.

»Todo esto podría expresarlo en términos contables por partida doble, deudor, acreedor, segunda regla de oro, crédito de Christie Malry por el daño recibido, cargo del bloque de despachos por el daño causado. ¿Cómo hacer ese balance?

»Tengo derecho, claro, a una retribución exacta. Todo activo ha de tener su pasivo, la primera regla de oro es esa. Pero ¿cuál es la forma de pago?»

Christie dio media vuelta y deshizo el camino, contra la

marea de la multitud, hasta pasar de nuevo frente al edificio en construcción. Se detuvo, sacó una moneda del bolsillo y, acercándose al muro con la moneda en la mano extendida, grabó una línea casi imperceptible de un metro de largo en el ennegrecido cemento que había enfrente del bloque de despachos.

«¡Cargádselo a ellos! ¡Acreditádmelo a mí! ¡Cuenta saldada!»

Christie siguió andando como si no hubiera pasado nada, como si nadie lo hubiera notado. ¡Y no lo había notado nadie!

«¡Eureka! ¡Es una idea genial! ¡Mi contabilidad privada!»

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS  
EN EL MES DE JUNIO DE 2012

S

*Los remedios extremos son muy apropiados  
para las enfermedades extremas.*

HIPÓCRATES DE COS

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)